

Héctor Carvallo: el tejido en el texto

“Usted que tiene ojos, ¡mire!”. Atardecía en Santiago y la cordillera, muy nevada, se teñía de ese rojo fugaz que el sol le presta a veces cuando por un instante, justo antes de irse del todo, mira para atrás. Héctor Carvallo va saliendo del edificio de la facultad, se topa de golpe con la montaña encendida y a continuación, al verme ahí, se ahorra todos los preámbulos y suelta esa frase inescapable sin decir agua va. Nunca decía agua va.

También en clases Carvallo solía comenzar *in medias res*. Es cierto que a veces hacía introducciones largas, rodeando al animal lentamente, demorándose en detalladas descripciones sobre las distintas ediciones de un libro, o sobre la historia de la transmisión del texto. Pero rodear al animal desde lejos y clavarle la mirada son dos cosas entre las que no hay puente, y por eso ninguna introducción de Carvallo era, en rigor, introducción. Por muy admirable que fuera la erudición de esos rodeos –y lo era–, su principal talento docente probablemente no consistía en eso, sino en sus variadas maneras de extender el brazo, alargar el índice y apuntar. Apuntaba lejos. Y al hacerlo, aunque jugara a incrédulo, aunque se cuidara mucho de no alimentar jamás una expectativa de éxito que pudiera volverse mayor que la conciencia del propio ridículo, apostaba fuerte. Apostaba a que seríamos capaces de llevar la vista hasta muy lejos. Éramos estudiantes de primer año, casi por definición desprevenidos, y tal vez por eso nos tenía en el fondo una confianza insensata. En el fondo. En la superficie, en cambio, todo era sonrisa y aprender a burlarse de uno mismo.

Si bien Carvallo no era un profesor que llegara a clases premunido de esquemas, o de resúmenes, o de algún otro artilugio que alimentara en uno la expectativa de poder circunscribir o dar por cerrado un tema en algún momento del curso, sí llegaba siempre con un libro. Y eso era todo. Quiero decir: *eso era todo*. Era por lo general un libro en griego, porque Platón y Aristóteles habían escrito en griego y de lo que se trataba, por lo general, era de estudiar a Platón y a Aristóteles. Él lo abría, no siempre desde el principio y no siempre tras habernos anunciado un plan, nos leía una frase y a continuación procedía a analizarla en el pizarrón. No la analizaba: la descoyuntaba. Y marcaba el punto de fuga de cada una de sus partes, y hacía espacio a sus sombras y a las sombras de sus sombras. Para cada uno de esos movimientos, una palabra. Para cada palabra, sus costuras y sus trozos. Para cada costura, una historia; para cada trozo, sus padres y sus abuelos, sus hermanos y sus primos. Para cada uno de ellos, otra palabra completa, con sus armónicos y sus suspiros. Filólogo hacia atrás y hacia los lados, osado y literal a partes iguales, Carvallo desplegaba ante nosotros un océano de resonancias y de memorias a partir de un puñado de letras. Nosotros nos ahogábamos sin remedio: unos con la desesperación de las ganas, otros con la del

agobio; todos con la firme impresión de que los márgenes del pizarrón eran, en realidad, igual de absurdos que los márgenes del semestre. Todo era tan ancho. Y no había, sin embargo, razón para el desánimo. Hombre entusiasta, Carvallo nos anunciaba que había una maravilla que ya era nuestra: la lengua materna. Una cuestión inconmensurable y ya la teníamos. A partir de ahí, todo. Usted que tiene ojos.

El filósofo Carvallo, que no quería por ningún motivo ser llamado filósofo y que no escribía para publicar, transitaba con gusto no sólo por las habitaciones y los pasillos, sino también por los entretechos y tragaluces y tuberías de sus idiomas. A veces en clases, y llenaba pizarras. A veces entre amigos, y llenaba su casa. A veces en silencio, y las páginas que llenaba eran traducciones. En un confuso incidente que incluye una facultad de arquitectura, un tiempo remoto y un experimento de diseño, se originó un par de publicaciones de circulación muy reducida –pero publicaciones al fin y al cabo– que contenían buenos trozos de su manera de pensar en castellano la *Metafísica* de Aristóteles. Unos libros muy anchos –por su trama horizontal de varias lenguas–, que Carvallo evitaba meticulosamente llevar a clases, pero que era posible hallar en la biblioteca. Si uno quisiera criticar su manera de traducir, podría echar mano de una observación muy simple: casi no traduce. Y claro, lo que hace Carvallo es tratar de encontrar una palabra castellana para cada palabra griega, y luego concederle a los reclamos de la sintaxis castellana apenas lo justo para sostener la lengua, porque sobre todo le importa despeinar las frases lo menos posible. Ojalá no agregar ni quitar nada. El resultado es un animal con poco movimiento, por cierto, pero el propósito evidentemente no era fabricar una criatura que, por el gusto de desplazarse por sí misma, a poco andar pudiera haberse olvidado del lugar desde donde había salido. El propósito probablemente era más bien apuntar hacia ese lugar desde donde había salido, para ofrecernos un camino que nos lleve de vuelta a él. Tal como al hacer clases, y tal como al insistir en el estudio directo de las fuentes, también al traducir parecía haberse propuesto evitar a toda costa el empeño por reemplazar nuestra mirada.

Traductor, profesor o filósofo, es probable que el movimiento de Carvallo haya sido siempre el mismo. Todo lo que uno hace es juntar y separar, decía. Pero su principal énfasis estaba en el pensamiento como retroceso minucioso, en recuperar los pasos, en desandar el camino de las metáforas acumuladas a lo largo de la historia, para despertarlas de la fosilización y devolvémoslas vivas. Y nos devolvía vivo al auriga de los caballos dispares, o al arquero tensando el arco y apuntando al blanco. Ahí estaba de pronto el culpable en la causa, lo visto en la idea, el tejido en el texto. Y también, cómo no, lo que pudiera hallarse agazapado en la conversación corriente (“¿se dan cuenta de que ustedes han entrado a una

carrera?, ¡una carrera!, ¿hacia dónde corren?”). Recuperaba para la filosofía, que duda cabe, el habla toda, todo el asombro y todo el suelo.

Parapetado tras un sentido del humor de muchas puntas, siempre a suficiente distancia de sí mismo como para estar a salvo de cualquier pretensión propia, Carvallo no hacía casi nada, y nos puso frente a casi todo.

Paloma Baño Henríquez
Universidad de Chile, Santiago, Chile
palomabano@hotmail.com